

EPÍLOGO

Carla Román

El libro “Escribir [con] la IA”, compendia, en su conjunto, la motivación por narrar e iluminar el cambio que han producido las nuevas tecnologías de inteligencia artificial. Ocho textos, ocho miradas, ocho maneras de pararse frente al umbral de la incertidumbre y describir lo que se ve desde ahí. *Conjeturas* sobre el cuerpo y la creatividad. *Especulaciones* sobre la conciencia y el tiempo. *Experiencias* desde el trabajo y la memoria. A su manera, hacen en cuanto ensayistas escribir tan urgentemente [como para esperar] lo que observan con cuidado; escribir lo que creen que debe hacerse con fidelidad, y lo que debe pensarse sin rosca y cimbreo, despertando el altavoz de las palabras.

En general, un epílogo intentaría concluir lo anunciado en páginas anteriores. En estas últimas palabras, en cambio, más que ultimar lo expuesto antes, me tomaré la libertad de consultar una pregunta hacia adelante, hacia el futuro, a pesar de que se piense que los textos aquí reunidos han admitido conclusiones poco tranquilizadoras para nosotros. Preferiría ondear un vistazo por lo que no se cierra sobre lo que ya fue dicho, sino que abra la posibilidad de lo que aún no hemos consultado con lo que dijimos: ¿Qué hacemos con lo que sabemos? ¿Qué queremos ser, después de exponernos así, como humanidad, con todas nuestras vicisitudes?

De manera relativa, para esta pregunta, considero que disponemos de un ejemplo excepcional y pertinente. En el *filme* “Megalópolis” (2024), un soñador soberano maneja un taller de arquitectura y una biblioteca que late con el pulso del que sigue creyendo que puede rehacer el mundo. César, el protagonista de esta historia, no es ni completamente un hombre de un “mundo futuro” ni de un “mundo anterior”, pero tiene memoria de ambos; y quien no es sólo un creador de edificios ni de ciudades, es él arquitecto de una utopía y, a la vez, de una devastadora realidad. Por otro lado, está

atraído por la invención de un material prodigioso, *Megalón*, y por un don extraño, la posibilidad de detener el tiempo, que en la narración de la película interviene como una habilidad fantástica y una metáfora del interés y el ensueño de congelar un momento temporal para rehacerlo de la mejor manera esperada. Visto así, es el protagonista suspende el presente, justo antes de que se vuelva irreversible, para poder todavía elegir. César detiene el tiempo porque aún cree que hay algo que vale la pena construir; y esa creencia tan frágil es lo que la película sostiene y deja en tensión hasta el último plano.

Frente al proyecto de César de construir una ciudad llamada (por el material con el que se levantó) “Megalópolis” [pensada para ser una comunidad utópica, contraria a la de su tiempo] se alza la figura de un poder gobernante indolente: Cícero, un alcalde que prefiere las ganancias económicas inmediatas que a los proyectos del futuro. Con él el conflicto político se ilumina en la trama por completo; Cícero es un hombre que genuinamente cree que administrar lo existente es más virtuoso que soñar en “una ciudad mejor”. Tiene una honestidad devastadora. El alcalde es tradicionalista, incompetente, encarna el poder establecido, el apego férreo a lo conocido, la incomodidad ante los cambios gubernamentales, habla como esa terquedad conservadora y se viste de la obscenidad de sus inclinaciones políticas. La dramatización se desarrolla como “una lucha por el alma de la ciudad” (S.N.). La película se destaca por largas secuencias de liturgias, imágenes que revindican el pasado clásico desde la ruina tecnológica, parlamentos impasibles y una comunidad insulsa y deseosa de entretenimiento insípido. La película se mueve, por momentos, entre la elegía, la parábola política y el latir de una utopía posible, en las motivaciones del protagonista; una trama pública que escenifica la disputa sobre qué se hace con la ciudad y para quién ¿se construye desde la imposición de algunos, o desde la política del consenso y la entrega íntima de quienes aman la ciudad?

En este sentido, el *filme* nos enseña que la actividad política es sustancial si lo que se desea es construir innovaciones [en un amplio sentido de la palabra] y practicar ideas más beneficiosas para a nuestras actuales condiciones; nos demuestra que si no desarrollamos una inclinación pública y cívica, preparamos un futuro que no irá necesariamente en nuestro favor.

En ese sentido, una de las conclusiones que deja la película es que debemos de orientar nuestro futuro según nuestros más altos valores e intereses, y no, por el contrario, dejarse orientar por el “sentido de la ciudad” de algunos o el beneficio de unos pocos.

La narración de “Megalópolis” culmina con la posibilidad real de una utopía. Se termina con la promesa de una ética para los proyectos políticos, tecnológicos y arquitectónicos; un lugar donde colocar el futuro y la responsabilidad humana, para construir y asumir las heridas que la ciudad arrastra. Sin aquello, la única manera de especular sobre el futuro es convocar a Roma, no como una nostalgia sino como una prescripción de que el pasado se mantiene inmóvil.

*

Todos me preguntan cómo detuve el tiempo. Nadie me pregunta qué hago mientras el mundo está quieto. Eso es lo único que importa... Siento el latir de una utopía posible y la pesadez de una realidad que la resiste¹. César

*

Escribir sobre la Inteligencia Artificial es, entre otras cosas, una forma de escribir sobre el tiempo en que vivimos; un tiempo dominado por sus ansiedades, sus esperanzas y sus incertidumbres *inherentes*. Los textos reunidos en este volumen son testimonio de eso. No pretenden resolver lo que la IA significa ni anticipar con certeza lo que hará con nosotros. Hacen algo más honesto, la intentan *sociabilizar* desde adentro, desde el cuerpo, desde el trabajo, desde la memoria, desde la infancia y desde la literatura. Aunque el camino sea demasiado oscuro, logran una comprensión accesible de lo que significa convivir con estas tecnologías en América Latina, en Chile, en una vida concreta.

¹ Todas las frases reunidas de esta manera fueron escritas por la autora de este texto, Carla Román. Las frases en cursiva y entre asteriscos han sido creadas por la autora como un recurso interpretativo. No deben entenderse como citas textuales ni como prueba del argumento, sino como una representación imaginada, aunque fiel al personaje, de lo que César o Cícero podría aportar a la imagen de la discusión. Su finalidad es servir de apoyo a la lectura propuesta, sin atribución literal al filme, así como de aclarar e intensificar algunos puntos propuestos en el Epílogo.

Leer estos ensayos reunidos produce una experiencia singular. No hay en ellos una tesis unificada ni una posición compartida frente a la IA. Hay, en cambio, una disposición a plantearse frente a la IA como una cuestión importante y contingente, serpenteando diferentes miradas.

Preguntas se hicieron muchas, como las que realizó Joaquín Jiménez sobre qué le ocurre al cuerpo, la piel y la experiencia sensible cuando se exceden los estímulos informacionales y prevalecen datos sobre lo prístino de lo orgánico. O como las que realizó Dusan Cotoras sobre qué nos ocurre en términos culturales, cuando estamos inmersos en datos, archivos homogéneos y optimizados, y se le resta de importancia a la densidad cultural.

Como las que realizó Pablo Vallejos sobre qué ocurre cuando la producción artística y creativa se industrializa y la originalidad se vuelve una categoría disputada. O como las que realizaron Natalie Israyy y Jhoerson Yagmour sobre qué ocurrirá si son posibles otras formas de conciencia y otras temporalidades asociadas a la IA, siendo estas completamente inadvertidas.

Como las que realizó Analaura Núñez sobre qué ocurriría si la nostalgia, en nuestra era de la IA, más que emoción personal, se trasformara en una acción (más bien) ficcional. O como las que realizó A.I. Neira sobre qué ocurre cuando el desarrollo de la IA promete facilitar tareas humanas, pero en realidad, en esas mismas tareas, eventualmente ya no seremos útiles y se nos reemplazará dramáticamente, inclusive la misma tarea de la programación de la IA, o la tarea de la preparación y retroalimentación del modelo a través de los datos. Y como las que realizó Constanza Rivano, cerrando el libro, sobre qué ocurre cuando el mundo que construimos contempla la creación de inclusiones y exclusiones para su funcionamiento.

Hay algo que une estos relatos que es una cierta manera de pararse frente a lo que no se comprende del todo, y no huir. Una disposición a quedarse en la incomodidad del umbral sin precipitar la conclusión. Como si escribir sobre inteligencias artificiales fuera, también, un ejercicio de tolerancia a la ambigüedad, de aprendizaje lento ante lo que cambia con más velocidad de lo que *las palabras* [por escribir] pueden seguir.

Bastantes problemáticas fueron advertidas en este libro, y aquello representa una tarea de suma importancia. Pues, el texto nos enseña que si no revelamos las vicisitudes de nuestro tiempo, la crisis que enfrentamos y los daños que sufrimos, seríamos incapaces de advertir cuáles y qué cambios deberíamos administrar; pero, lo más importante es de qué modo esperamos mudar nuestra realidad y en qué medida de tiempo. Las innovaciones tecnológicas son, en muchas ocasiones, transformaciones que generan alteraciones a nuestras vidas, algunas de modo positivo y otras de modo negativo. Dada tal circunstancia, estas novedades generan inmensas incertidumbres sobre sus posibles impactos y perturbaciones a nuestra comunidad en un periodo inmediato y de largo plazo. Lo más importante aquí es saber cómo “gestionar los riesgos posibles” e intentar prevenirlos de manera metódica [y científica]. Pero, por sobre todo, debemos de reflexionar progresiva y paulatinamente, palmo a palmo, el qué nos entregan de beneficioso estas tecnologías, cómo modificamos sus debilidades sin disminuir sus virtudes y qué deseamos del rol que cumplen estas de ahora en adelante para nuestras vidas y sociedades. Sin aquellas consideraciones, o podemos caer en una actitud fatalista, de poca gentileza, o podemos caer en una actitud conformista, como la de Cícero, incapaces de encontrar las alternativas a nuestro presente, amando el orden y no tolerando el costo del cambio.

*

El director del *filme* [Coppola] no intenta regalarnos una utopía, sino que la plantea como una tarea a averiguar. En eses sentido, el final no es un triunfo sino una apuesta, la promesa de que todavía es posible elegir hacia dónde se dirige “la ciudad” cuando los que la habitan deciden que importará más el futuro porvenir que el temor a la incertidumbre de él. Y en eso, la película se emparenta con algo que los textos de este libro también ensayan: el convencimiento de que hacer mención a los peligros y daños presentes, y el imaginar con precisión los posibles futuros, es ya una acción valiosa. En ese sentido, la película también aporta algo a esto; que la utopía no comienza cuando el material *Megalón* se extiende sobre las paredes de las edificaciones y obras de la ciudad. La utopía comienza cuando alguien, con la voz temblorosa de quien sabe que puede equivocarse, decide que hay algo

que vale la pena construirse, y la imagina; tal como César imaginaba y dibujaba la ciudad desde el inicio de la película en el aislamiento de su estudio.

*

Lo que ya existe es lo que puede existir. El horizonte es el límite y no una apertura. Cícero

*

Publicar un libro como este no resultó un proceso sencillo, ni para los editores ni para los autores aquí reunidos. En un campo dominado por el frenesí y el pánico, por la incertidumbre acerca del futuro, y por el temor a los riesgos posibles, hacer espacio para el ensayo y la escritura libre, para la especulación intelectual honesta y para la experiencia personal, es un acto de investigación que se arriesga por reflexionar y acobijar la discusión sobre la IA de un modo diferente. Los editores de este volumen entendimos desde el principio que la pregunta por la IA no podía responderse únicamente desde las ciencias naturales o sociales. Sino que las humanidades tenían algo que decir, algo que es *inestimable*. En nuestro caso, lo que tenían que decir los *humanistas* de este libro era que la tecnología no ocurre en el *vacío*, sino en *cuerpos*, en *trabajos*, en *memorias* y en *mundos*; siendo cada uno de estos parámetros distintos para cada uno.

Lo que queda, al cerrar estas páginas, no es una conclusión. Como ya advertimos en un inicio, es algo más parecido a una pregunta abierta ¿Qué tipo de futuro estamos construyendo, y para quién? ¿Qué daños producidos por la IA estamos dispuestos a tolerar, y cómo los vamos a enfrentar?

*

Toda ciudad fundada por un visionario lleva en sus cimientos la semilla de su propio olvido. Toda estirpe que no aprende a leer sus señales vive negociando el volver a repetirlas. Y sin embargo construimos. Y sin embargo soñamos. Eso también es humano: levantar sobre la tierra maldita algo que dure, aunque sea, lo que tarda en llegar el viento. César

*

El futuro de las inteligencias artificiales no está escrito ni determinado. Eso, que revela la incertidumbre debajo de todas las creaciones humanas [y que a veces se dice como amenaza], puede decirse también como una invitación a cobijar el futuro de la IA tal como a nosotros nos resulte más ansiado. Vivimos, como señala el filósofo Nicholas Rescher, en un océano de riesgos que no podemos eliminar. En cambio, solo podemos adoptar una actitud frente a ellos. Pero para aquello, y para decidir bien, se requiere conocer lo que deseamos para nuestro futuro, lo que enfrentamos y nuestras mejores formas de construir nuestro bienestar. El libro que reunimos aquí comienza en estos primeros pasos en los que, en vez de prescribir soluciones, abre la conversación sobre los problemas que enfrentamos hoy y, aportando más matices y más humanidad de la que había antes de leerlos: nos ayuda a entender cuál es el mañana que buscamos construir y qué es lo que no podemos eludir en nuestra tarea de cara hacia el futuro, teniendo en mente los desafíos que enfrentamos hoy. Piénsese el que *“la barbarie del pensamiento reside en la simplificación, en la separación... todo ello en detrimento de la complejidad, de los vínculos indisociables, y también del sueño y la poesía. ... La llamada inteligencia artificial puede dar miedo, pero yo temo, sobre todo, la inteligencia humana superficial”* (Morin).

*

El tiempo es el único material con el que trabajo; construir un tiempo venidero esplendoroso es lo que importa y lo más difícil de lograr. Quedarse con abismada pereza ante la pendiente de lo que viene, y esperar a heredar un mundo terminado, es el mayor miedo que podría enfrentar una sociedad humana. César

*

REFERENCIAS

- Rescher, Nicholas, (1983) “*Risk. A Philosophical Introduction to the Theory of Risk Evaluation and Management*”. University Press of America, Inc. P O Box 19101, Washington, D C.
- Coppola, Francis Ford, director. *Megalopolis*. American Zoetrope, Lionsgate, 2024.
- S.N. Crítica de Megalopolis: cómo es la última obra cumbre de Francis Ford Coppola. Rolling Stone en Español, 2 ene. 2025, es.rollingstone.com/arg-megalopolis-como-es-la-gran-apuesta-final-de-francis-ford-coppola/
- Morin, Edgar. "Entrevista." *Corriere della Sera*, ene. 2026. Citado en *El Español*, 16 ene. 2026, www.elespanol.com/ciencia/20260116/morin-anos-filosofo-felicidad-ia-puede-dar-miedo-temo-inteligencia-humana-superficial/1003744086965_0.html.